

# ECONOMIA DE GUERRA

No podemos apartar por un solo instante nuestra mirada de lo que es hoy principalísimo: la guerra. Por tenerla presente hemos dado pasos que en otras circunstancias hubiéramos rechazado categóricamente. Para realizarla con eficacia, hemos aceptado tácticas militares apropiadas a las contingencias de la guerra moderna. Para proseguirla, hemos perfeccionado la estructuración y la preparación de nuestras fuerzas armadas, yendo a la máxima coordinación, a la unificación de los mandos, porque la misma experiencia ha servido para indicar los métodos más eficaces y en la lucha en que cayeron tantos de los nuestros aprendimos a obrar, con la vista puesta siempre en la victoria.

Podríamos avanzar mucho teóricamente, propiciar realizaciones integrales, aferrarnos a nuestro común afán de llegar a la anarquía lo antes posible. Actitudes hay que desde un plano de intransigencia doctrinaria podríamos denominar señalándolas como antianarquistas. Es que la voluntad nuestra es una y la realidad de los acontecimientos que no hemos podido evitar otra muy distinta. Es que la guerra misma, limitada al territorio y contra los fascistas españoles hubiera sido mucho más fácil que la que hoy sostenemos contra el fascismo internacional. Es que la ayuda a nuestro favor de países interesados en impedir el triunfo de Hitler y Mussolini, que alguna vez se consideró inminente, es lo opuesto a la realidad presente, en que la democracia burguesa también ataca aviesamente aunque no en forma visible a nuestra Revolución. Siempre, desde que actuamos como anarquistas revolucionarios, hemos debido situarnos en el torbellino de las circunstancias que no pudimos evitar, para hacer la obra que nuestro deber nos imponía.

La guerra manda, se ha dicho. Para nosotros decir guerra es decir al mismo tiempo Revolución. Es la misma realidad que siguió el 19 de julio la que hace absolutamente imposible el divorcio entre los dos conceptos, entre las dos cuestiones fundamentales del momento. Estamos convencidos que la guerra hemos de ganarla solamente con un pueblo que se mueve inspirado por un fervoroso espíritu revolucionario. Una guerra como la nuestra no puede ganarse sin poner a su servicio algo más que la fría acumulación de números humanos y de máquinas de guerra manejadas sin pasión. Una guerra social tiene la savia que nutre sus victorias en el idealismo, en la ardiente voluntad de un pueblo unido por un ideal revolucionario. La guerra social manda, sí. Lo primero es multiplicar los esfuerzos en la retaguardia. Es a resolver las dificultades creadas por la guerra, intensificando la producción útil, suprimiendo la superflua, transformando las industrias para el aprovisionamiento de los frentes en armas, víveres, ropas y medicamentos.

Los frentes necesitan ser provistos; la retaguardia debe ocuparse de ello. Es imposible mantener un ejército en campaña, si no hay la aportación continua que satisfaga las necesidades de los combatientes. Y esto, lógicamente, exige de los trabajadores de la ciudad y del campo un rendimiento acrecentado, que hemos visto obtener por parte de los camaradas que han sentido la responsabilidad que sobre ellos pesaba. La guerra se hace con armas y municiones y el dinero ha de salir de los bolsillos de los trabajadores mismos. La guerra ha traído la escasez de ciertos artículos de primera necesidad y son previsibles nuevas dificultades, por lo que se hace preciso limitar el consumo a lo estrictamente indispensable.

Economía de guerra significa selección del trabajo, supresión del derroche, coordinación de cuanto se labora, consumo racional y equitativo. Significa elevar la moral del sacrificio del pueblo, para que las restricciones impuestas por la falta de productos y de ciertos artículos, sean recibidas como cosa lógica, con el entusiasmo que sólo la convicción revolucionaria puede dar. La guerra manda, y para ganarla hemos de hacer cualquier sacrificio.

## Campesinos, guardias y consejeros

Un campesino, dos, tres, varios campesinos; muchos. Carretera adelante. Derecha e izquierda, labran la tierra. Remueven la tierra. No levantan la vista del suelo. Trabajan y trabajan horas y horas. ¿Cuántas? En estos instantes no tienen horario. No lo quieren. Hay que trabajar para ganar la guerra y triunfar en la revolución.

CONTRASTE: En la carretera un guardia, tres guardias. Un camión cargado de guardias. Fusiles y mosquetones. Lo mismo que la otra vez. Ya son muchas veces. Demasiadas veces. Los mismos uniformes. Las mismas armas. La evolución en estas cosas y en estos hombres ha hecho muy pocos avances. Ninguno. El mismo gesto en todos. Las mismas miradas y las intenciones... iguales que siempre. Al final de cuentas... guardias.

UN PUEBLO: Se chamuscó, se incendió, se destruyó la Iglesia. Se convirtió en pavesas el templo de los vidvidores de púlpitos y sacristías. De confesionarios, de las "Sagradas formas" y de las formas al desmenuado entre sorbo y sorbo de la sangre de Cristo: Moscatel y jerez añejos. Sobre la cúpula de la torre, flamean banderas... tres banderas, cuatro banderas. Muchos colores, y mucha percalina. Se han salvado las campanas que marcan la hora del reloj del pueblo. Aún se han salvado de las llamas purificadoras el reloj y las campanas.

POCAS CASAS TIENE ESTE PUEBLO: Docenas, pero tiene luz eléctrica en todas las calles, de lo demás no hablamos. En este pueblo no se ha hecho la revolución. Sigue lo mismo que antes. Mandan los políticos. Mangonean los políticos y continúan los mismos políticos de siempre. Hay todavía señoritos y criados. Hay por lo tanto caciques y explotados. Nada ha alcanzado este pueblo de la revolución. Nada ha logrado alcanzar. Trabajan en las mismas condiciones que antes de la militarista fascista. Viven también entre ellos. Los conocen y los respetan aún la vida. Hasta hoy el mismo juez que había cuando la dictadura de Martínez Anido. Todo un juez dictatorial. Antes no había ningún guardia en ese pueblo, en cambio, ahora cuenta con nueve. ¡Una delicia! Da gusto frecuentar este Pueblo! Tanto que habrá necesidad de emplear una fórmula heroica. La fórmula que estos campesinos no han sabido emplear y que en otros lugares se empleó con gran éxito.

Lo único que han hecho es distribuirse unas hectáreas de tierra entre unos cuan-

tos, llevándose las mejores, los encargados de la distribución. Obra política. Entre tontos anda el juego. Vaya forma de colectivizar la tierra y de guardar a los colectivizantes de postín: Nueve guardias armados desde los pies a la cabeza. Olé por estos trabajadores uniformados. ¿No habíamos dicho que estábamos haciendo la revolución? ¿No habíamos quedado que se depuraría todo cuanto hubiera de malo? En los pueblos agrícolas. En algunos pueblos ocultos entre montañas, no se ha depurado nada y todo sigue igual. El que más tiene más vale y el más sinvergüenza es el que menos trabaja, el que no trabaja nada.

¿Por qué no dar una vuelta por estas montañas y estos pueblos, llevando como misión la propaganda libertaria? ¿Por qué tener tan abandonado este problema tan fundamental?

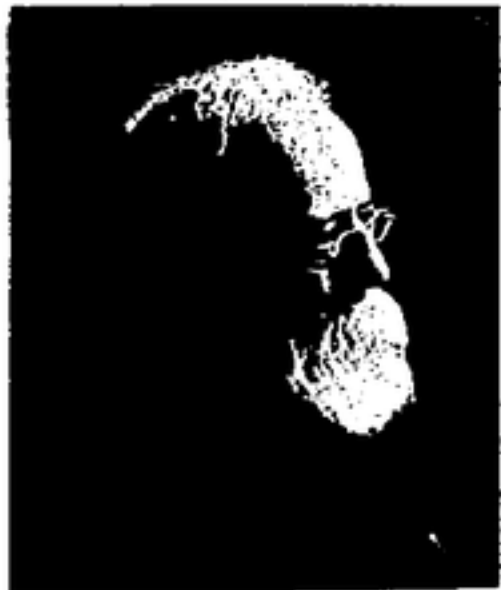
Cincuenta y ocho decretos. Veraneo de un Consejero. Veraneo en pleno invierno del primer consejero... S'Agaró: Playa tranquila. Costa y mar. La mar de decretos. Los trabajadores sin saberlo. Plancha. Se equivocó el que tanto se devanó la cabeza. Trabajo perdido. No hay consulta... Papeles mojados. Al cesto con estos papeles. Hay que aprender. Jugar de esta forma y en estos tiempos es tiempo perdido. La brisa del mar te engañó al fabricante de leyes marítimas, terrestres y urbanísticas. Se embriagó de democracia. Cambió como un político del 14 de abril. Que nadie se ofenda. El 14 de abril no es el 19 de julio. Hoy el mundo adelanta que es una gran atrocidad. ¡A los Sindicatos! ¡A los Sindicatos a discutirlos! Son los Sindicatos los que tienen derecho a todo y no quien no tiene derecho a nada, porque nada hizo por el pueblo. Aquello de orden y mando, ha pasado a la historia. Se lucha por algo. La C. N. T. y la F. A. I. luchan por algo más que el contenido de tanta cantidad de decretos. Hay que tener un poco más de vista y no cometer ninguna tontería.

Carretera adelante otra vez, y otra vez guardias. Campesinos otra vez que regresan a sus hogares. ¿Qué diferencia de unos a otros? ¿Qué diferencia de lo decretado a lo que realizan estos labriegos? Pero ya no sólo es un camión de guardias lo que vemos: Son dos. En pocas horas se ha aumentado el número. ¿Si harán labor de decretos ocultos? Quién sabe. Bien podría ser.

¡Alerta! ¡Alerta y alerta! Tres alertas que deben abrirnos los ojos a todos

## La Revolución a través de nuestros teóricos

Si de la noche a la mañana se disolviera el Estado y nos quedáramos sin Gobierno, suposición a que hemos de acostumbrarnos para hacer frente a los acontecimientos que nos depara el porvenir, ¿qué lamentos lanzarían los obstinados autoritarios? ¿Estamos sin Gobierno? ¿Cómo viviremos ahora! Falto del poder ejecutivo, legislativo y judicial; sin un Ministerio que asuma todas las iniciativas, porque reúne en sí todos los poderes; sin una magistratura y sin tribunales que hagan funcionar la balanza de la justicia y la espada de la ley; sin un ejército que con sus colores uniformes y sus brillantes armas ostente con majestad nuestra bandera y ametralle de cuando en cuando a sus compatriotas descontentos; sin esa multitud de funcio-



rios, desde guindilla hasta rey o presidente, que por un trabajo mínimo en lo que pueda tener de útil, si algo tiene, consumen millones infinitos, ¿qué haremos? Pues, sencillamente: nosotros mismos nos defenderemos, nos administraremos, reformaremos nuestro adelanto, trabajaremos, consumiremos nuestra producción libremente sin pagar diezmos ni primicias a privilegiados holgazanes, sin consultar en nuestras decisiones más que nuestros propios intereses y nuestra propia razón exentos ya de todo interés ajeno, sea de gobierno, sea de Estado.

Suponed, en consecuencia, que ya no existen explotadores, parásitos y ociosos; ¿qué perderemos con ello, los que trabajamos y producimos? La tierra y sus riquezas naturales y apropiadas estarán ahí siempre permanentes; sus bosques que nos suministran madera, sus minas repletas de carbón y hierro, sus férricos campos, sus ríos, sus mares, rodeada con su benéfica atmósfera, iluminada con su esplendoroso sol y entregada a ese conjunto de armonías universales que viven por sí, sin tener en cuenta los errores, las preocupaciones ni los crímenes de nuestros tiranos. No morirá la humanidad de hambre, de sed, de frío ni de calor; únicamente habrían variado las condiciones de trabajo.

ANSELMO LORENZO, en "El Pueblo"

## MILICIANOS CONFEDERALES:

En vuestras manos está la dignidad de la Confederación. El miliciano modelo debe ser el miliciano confederal.

(Pasquín de Frente Libertario, de Madrid.)

los que no aspiramos a ocupar tales puestos.

Estamos en un mundo de contradicciones y las contradicciones nunca han reportado grandes beneficios. Hay que buscar, pues, los beneficios generales del obrero del campo y del de la ciudad, y dejemos de fabricar decretos como quien fabrica chocolate con vainilla.

Masanos de la Selva, que es el pueblo a quien nos referimos, está en manos de los fascistas. No se ha hecho más que quemar la Iglesia y dar la licencia al cura. Todo lo restante continúa bajo la férula de los políticos agrarios.

Esta es la impresión que hemos recogido en la excursión que hemos realizado en calidad de trabajadores de la C. N. T. Por esto y otros motivos, cuida- do con los decretos.

MINGO

## Nuevas condiciones exigen nuevas soluciones

Estudiando a los grandes teóricos y luchadores anarquistas, se llega a la conclusión de una constante variabilidad en los métodos prácticos propugnados para servir a un mismo fin ideológico y revolucionario. Cada uno de ellos ha escrito y hablado, como parte integrante del pueblo de su época. Cada uno ha estudiado las condiciones objetivas que le rodeaban, haciendo su crítica en base a la interpretación libertaria y señalando las soluciones apropiadas. Nunca ha sido un proceso de adaptación al medio ambiente lo que les indujo a contar con las condiciones existentes. Siempre fué el reconocimiento de tales condiciones como cosa previa en la acción transformadora que el anarquismo estaba llamado a cumplir, lo que inspiró su propaganda.

Una Revolución estalla en determinadas circunstancias. Si afecta la economía y la vida política, ha de auscultar en ellas, ha de precisar posiciones que permitan materializar los cambios, las transformaciones, según lo exijan no sólo el conjunto complejo de factores económicos y políticos, sino el grado de preparación de las masas actoras de la Revolución.

Anarquista fué Godwin, en los fundamentos críticos de sus «investigaciones de la justicia política». Anarquista fué Proudhon en sus estudios económicos. Anarquista Bakunin en sus profundas críticas filosóficas. Anarquista fué Reclus en su obra de sabio y de pensador. Anarquistas, también fueron o son Guillaume y Domela Niewhemius, Kropotkin y John Most, Malatesta y S. Faure, Landauer y Röcker. En todos ellos, y en los que no citamos por razones de concreción, podemos encontrar el mismo propósito, la misma posición antiestatal, antiautoritaria. Pero las formas de propaganda y las soluciones que propician asumen características diversas. La uniformidad que se ha exigido al anarquismo no ha podido ser su cualidad permanente, porque los anarquistas han escapado al conservatismo que anula una tendencia revolucionaria cualquiera. Nuevas condiciones, exigen nuevas soluciones.

También en el anarquismo contemporáneo, la agilidad en sus métodos de propaganda y organización se observa estudiándolo país por país, donde nuestros camaradas enfocan los problemas de acuerdo a aquella realidad ambiental que atacan con sus críticas, y dan soluciones que consultan las aspiraciones populares, sin ser arrastrados por la corriente, porque el rumbo ideológico permanece inalterable. Quizás muchas defecciones de nuestras propias fuerzas en el orden internacional se deban a la falta de suficiente visión en las tácticas de lucha, que no pocas veces tiene su causa principal en la confusión de los principios doctrinales con los métodos y formas de actuación en el seno de las masas. Saber apreciar en su justo término donde se separa una cosa de la otra, es la base de una efectiva intervención en los acontecimientos sociales de cada día.

Los principios fijan una posición determinada. Somos anarquistas y por tanto nuestros peores enemigos son los medios violentos, coactivos, de fuerza. Marchamos hacia un sistema social en que desaparecerán por completo. Pero, a tono con la realidad, somos revolucionarios, practicamos y propagamos la violencia revolucionaria, sin renunciar a aquellos principios. Nuestra voluntad de anarquistas sería satisfecha de no tener que apelar a la violencia. Las condiciones de los sistemas que queremos transformar son tales que hacen imposible esa hipótesis. La guerra nos repugna, porque es el summum de las violencias más inhumanas en un juego desastroso para imponer uno u otro destino para los beligerantes. Sin embargo, hemos sabido diferenciar las guerras intercapitalistas de la guerra social que significa la Revolución. Y hoy, en España, como anarquistas, como revolucionarios, estamos en primera línea de combate en la guerra antifascista. Solamente un doctrinarismo de gabinete, una falsa concepción de la vida, podrían dar pie a un anarquismo alejado de la lucha, en nombre de los grandes, de los sublimes ideales de amor y no violencia que nos inspiran.

Hemos entrado a una nueva etapa, desde que el 19 de julio participamos en la acción revolucionaria. Estamos viviendo en medio de condiciones económicas y políticas que no hemos deseado para el período creador de la Revolución. Las imperiosas circunstancias nos han llevado errados o no— a una situación nueva, en que las formulaciones totalitarias que están en nuestra íntima conformación de anarquistas deben dar paso a realizaciones progresivas que consulten la realidad misma. Permaneciendo anarquistas, no podemos seguir hablando y obrando como ayer, en cuanto al camino a seguir para hacer efectivas conquistas revolucionarias. Hemos analizado nuestras propias fuerzas y las de otros sectores antifascistas ya antes de la guerra, reconociendo la necesidad de una acción conjunta de todo el proletariado, después de haber ensayado repetidas veces la insurrección revolucionaria. Estamos ahora unidos a otras fuerzas, de ideología social y política diversa, porque consideramos que solamente así derrotaremos al fascismo. Hemos planteado a los trabajadores de tendencia marxista la alianza obrera para la Revolución. Estamos, pues, en medio de hechos nuevos, y hemos entrado, por razones de guerra, a participar en la dirección gubernamental, situándonos en un plano único y primero en la historia del anarquismo, aunque la transitoriedad de esa actitud es garantía de que no implica una negación de nuestras ideas, ni la renuncia al concepto libertario de la reconstrucción. Vivimos una etapa que no tiene similar en ninguna revolución precedente.

Todo ello nos impone una mayor responsabilidad, una más profunda penetración en los fenómenos económicos, políticos y sociales del momento. No puede marearnos la transición colaboracionista. No puede alejarnos de nuestra recta trayectoria, por influencia de tantas dificultades surgidas de esa misma colaboración, el afán de encontrar la fórmula más simple, menos exigente en apariencia. Como anarquistas, tenemos una misión anarquista que cumplir, a pesar de la guerra y a pesar de los actos de guerra a que nos vemos forzados, de los cuales es el más duro la participación en los órganos estatales.

Esta es la grave responsabilidad que nos cabe. Saber obrar ahora, sin desconocer compromisos contraídos, sin negar en los hechos la lealtad que exigimos a los demás, con el máximo sentido libertario posible. No nos importen los adjetivos de los políticos que nos suponen atraídos y aprisionados por las redes de la política clásica y de la máquina estatal. Probemos en los hechos que somos capaces de dar soluciones justas, sin que se produzcan desgarramientos que traerían el desastre para todos, y sin violentar nuestras doctrinas.

Es la hora de la realización. Pongamos en juego todas las energías para que el pueblo no sea víctima de nuevas tiranías, por propia incompreensión o por ausencia del ejemplo práctico, fermento de mayor eficacia en la etapa reconstruictiva. Hemos sostenido y sostenemos firmemente que las condiciones nuevas exigen la intervención directa de los productores. La fórmula exacta surgió de nuestras experiencias, de nuestras anteriores actuaciones, de esta realidad que nos rodea a la que encaramos sin temor. La unidad, la organización de los productores, supera cualquier solución que se intente. Es la única que posibilita el avance y el triunfo de la Revolución proletaria. Comprendamos, camaradas, que el anarquismo español está llamado a salvar la situación presente, prosiguiendo la obra de sus precursores, estudiando y concretando soluciones que nos acerquen a grandes pasos a nuestra meta y realizándolas sobre la marcha.